

# IDEAS POLITICAS DEL PADRE RIVADENEIRA

Por **TEODORO GONZALEZ GARCIA**

*Catedrático de la Universidad de Valladolid*

**C**UANDO se abarca, esquemáticamente, en cualquier estudio relativo a las ideas políticas del siglo XVI, el apretado y magnífico panorama de tan removedora centuria suele quedar un tanto yermo, por lo general, ante la desidia o el desdén de los expositores extranjeros, el rincón maravilloso de la pujanza filosófica de nuestra patria en el transcurso de aquella época. Los españoles hemos coadyuvado, con una ausencia de orgullo nacional, al débil eco de las construcciones ideales propias en el amplio seno del mundo; y aun lo que es peor, nos hemos dejado vencer, fácilmente, por la pereza del tópico, facturado con sigilo, desde fuera. La frondosidad de nuestras glorias históricas ha sumido en una cautiva humildad muchas de las aportaciones científicas labradas por la Raza, de suyo tan andariega por los ariscos campos del pensamiento como por las inhospitalarias tierras del mundo. Ya es un tópico casi la prestancia original de nuestros teólogos y juristas en el campo del Derecho de Gentes, en el cual es tan reverenciado por el favor universal el nombre insigne de nuestro Vitoria, por ejemplo, como si toda la fecundidad española en materia de política y justicia se hubiera agotado en el examen de las relaciones exteriores del Estado, sin una meticulosa comprensión de la raíz gubernamental de sus poderes. Y es otro lugar común, también, espigado en estudios

extranjeros, en apariencia completos y exhaustivos, el de reducir la historia de las ideas políticas españolas en el siglo xvi a un ligero resumen del *Tractatus de Legibus ac Deo legislatore*, de Suárez, y la obra de Mariana *De Rege et regis institutione*. Será cosa de incitar por ello a los estudiosos en la materia para que se elabore con afán patriótico—y a la vez con plucitud científica—una Historia de las ideas políticas en el siglo xvi, referida exclusivamente a las doctrinas y a los hechos de nuestra España; y es justo consignar, en tanto, como nuncio de su necesaria publicación, un obligado elogio para los laboriosos investigadores que, con un esfuerzo monográfico, han descubierto ya las trazas futuras de obra tan importante.

\* \* \*

Uno de los ingenios españoles que más veneración merecen, en el campo de la política, a lo largo del siglo xvi, es el Padre Pedro de Rivadeneira, autor, entre otras obras, del *Tratado de la Religión y Virtudes que deve tener el Principe Christiano para gobernar y conservar sus Estados. Contra lo que Nicolás Machiavelo y los Políticos deste tiempo enseñan*, concluído, como es sabido, en las postrimerías de aquella centuria (1595). Por el solo enunciado del título de su libro, ya puede percibirse la posición bélica y agresiva adoptada por Rivadeneira en el empeñado pleito entre Maquiavelo y sus contradictores, batalla nunca extinguida en el correr de los años, porque uno de los más candentes problemas de la teoría y del arte políticos es el de marcar límites a la denominada «razón de Estado», ser del mismo Poder, o aparatosa y solemne cobertura que encubre sus imperfectas y aun ilícitas intenciones, ya que el Estado opera, en definitiva, valiéndose de hombres. Rivadeneira tomó partido por la clara senda católica frente a la enrevesada sierpe maquiavélica. Otros autores españoles—Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, por ejemplo—siguieron, en cierto grado, las huellas del taimado

florentino o desdeñando, en apariencia, su contagio, sufrieron, no obstante, la fascinadora atracción del autor famoso de *El Príncipe*, labrando, con paciencia conceptista—y a la sombra de su hechizo—, concéntricos ejercicios de alambicado y sutil razonamiento.

Pero no sólo fulmina Rivadeneira sus dardos contra Maquiavelo, sino que los impulsa, igualmente, contra la Escuela de los «Políticos», personificada, sobre todo, en la figura de Juan Bodín. Entre ambos teóricos, sobre una muchedumbre de movimientos religiosos e inquietudes revolucionarias—precuroras de otras efemérides en los siglos xvii y xviii—tiende de la lozanía de sus años espléndidos el siglo xvi. En esa centuria crecen y florecen los nuevos Estados nacionales y el Poder ensancha su ambición histórica convirtiéndose en Imperio. Muchas de las cuestiones cardinales del mundo moderno proyectan sus raíces hasta alcanzar el suelo de aquella época; o cabría mejor decir que el mundo rehace su contextura espiritual con esquejes ideales entresacados de su semillero. Porque por encima de las disensiones sociales, de las rebeliones económicas, de las revoluciones políticas, lo que enciende, en definitiva, los desasosiegos y desalientos humanos es un íntimo desvelo religioso. El siglo xvi conoce, ásperamente, las batallas de la fe como si no se hubiese extinguido, todavía, la secular contienda de los tiempos medioevales.

Rivadeneira recoge, a finales del siglo xvi, el hilo auténtico de la tradición católica devanando la confusa madeja de los sucesos políticos y religiosos. La planta doctrinal de su *Tratado*, sencilla y colmada de piedad, sirve muy bien para apreciar la opuesta desenvoltura renacentista, siempre a lomos del éxito, elogiada con el bello veneno de su estilo por el italiano Maquiavelo. En Rivadeneira luce, con meridiana claridad, la tajante e insobornable afirmación española, el sí católico de su existencia, porque nuestro pueblo no ha entendido nunca la verdad a medias, con veladuras o titubeos eclécticos, sino considerándola exuberante, barroca y arrolladora.

como un ímpetu vital de gracia y creación ; y así el propio ensimismamiento místico se desgrana, con Santa Teresa, en un prolífico anillo de fundaciones conventuales. Rivadeneira percibe la arquitectura jurídica del Estado en la voluntad desnuda del Príncipe ; y si Calvino, ahito de pesimismo, entrega el corazón humano a toda malicia (Institution, cap. II)—y de este desaliento no se libra Maquiavelo—, nuestro jesuita, en cambio, dignifica el corazón del Príncipe con la «luz resplandeciente y purísima de la religión» (Tratado, II, cap. XLIV). La gobernación del Estado no es mero negocio temporal, sino un paso necesario para que el Príncipe se acerque al trono glorioso del Señor. El Poder está adornado, en último término, por finalidades ultraterrenas y religiosas. Bajo el arco engañoso del Renacimiento los hombres se abrazan, desesperadamente, a la vida—y sin saberlo, se menosprecian a sí mismos—, olvidándose de su sumisa condición de criaturas, unidas por lazos directos al seno de Dios. Rivadeneira desconoce esa pasión renacentista y coloca el grave problema del Poder sobre los hombros del Príncipe como una carga agobiada por ineludibles deberes religiosos. Los hombres, con el Rey a la cabeza, entre las tormentas del Renacimiento y la Reforma, se van acercando, de nuevo, a Dios.

Por el tiempo de Maquiavelo corre un viento pagano, escéptico, materialista, cargado de burla irónica. El ingenio de Rivadeneira se nutre, en cambio, de graves profundidades teológicas. Su Príncipe no es un simple aventurero para quien la vida es un arte cínico que proporciona, con el éxito, honores, vanidades y riquezas ; el Príncipe de Rivadeneira es, sobre todo, un grave varón cristiano, nimbado de virtudes. Si la grandeza y fortalecimiento del Estado personifican como el lema fundamental de los famosos «Discursos» de Maquiavelo—y esa avaricia del triunfo logrado, por cualquier medio, constituye la razón del Poder—en Rivadeneira, el enaltecimiento moral del Príncipe representa, en primer término, la dignificación efectiva del Estado, y sólo con la sal-

vación ultraterrena del Príncipe alcanzará la comunidad política su punto metafísico de perfección.

Rivadeneira dispara toda su fervorosa credulidad católica contra los sistemas doctrinales elaborados por Maquiavelo y Bodín. Sin adoptar la postura harto ligera de aquellos comentaristas de Maquiavelo que han inculpado a Rivadeneira de un desconocimiento certero de sus libros, será necesario decir, sin embargo, que no cabría emparejar, bajo una misma rúbrica ideológica, a autores de por sí dispares como Maquiavelo y Bodín para hacerles objeto, a la vez, de la misma fulminante diatriba. Y lo cierto es que Rivadeneira engloba en los mismos dictérios a Bodín y a Maquiavelo y destierra hacia una frontera enemiga de sus afectos al gremio difuso de los denominados «Políticos».

Una eficaz preocupación estratégica le ha secuestrado a Rivadeneira en el cepo de tal obsesión errónea; pero si no maneja alternativamente, armas distintas frente a enemigos, en cierto sentido, desiguales, siempre cuida, en cambio, de defender con el más aguerrido celo la cima intangible de su sistema—incorporado, íntegramente, a las esencias católicas—, porque Rivadeneira propugna un gobierno del Príncipe, sin preocuparse de la naturaleza jurídica del Estado, totalmente aliado al favor directo del Dios. En Bodín o Maquiavelo se perciben mixtificadas, y aun vilipendiadas, las razones inmovibles del Señor; ambos prestan servil atención a los móviles políticos de los hombres, a las exigencias seculares del Poder, a los fines materiales del Estado.

La deuda de Bodín a Maquiavelo es bien notoria en algunas partes de su sistema; y en el autor florentino, a quien Rivadeneira contradice, constantemente, a través de su Tratado, la prestancia teológica de la religión queda rebajada, heréticamente, frente a la poderosa «razón de Estado». Contra este escepticismo religioso de Maquiavelo, aduce Rivadeneira las premisas inmovibles del Catolicismo, como guía segura del Príncipe, especialmente en la segunda parte de su

obra. Porque la religión representa para Maquiavelo, únicamente un factor social desprovisto de resonancias metafísicas, apto para coadyuvar, en gran medida, a fortalecer la obediencia de los súbditos, sin cuya sumisión pasiva nunca florece el poderío del Estado. En varios pasajes de sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, sienta Maquiavelo las conclusiones terminantes de sus concepciones religiosas. (*Discorsi*, I, 11, 12.) Por una parte sustenta los cimientos del Estado sobre la práctica del culto y el esplendor de la religión. La grandeza del Estado—dice—descansa, directamente, en la adoración de Dios y su ruina en el menosprecio divino, de manera que si falta el temor de Dios una alternativa sucede : o perece la comunidad política o es sustituido el respeto a Dios por la obediencia al Príncipe, aunque este estricto fervor monárquico por parte del pueblo no dilate demasiado en el tiempo la forzosa decadencia del Estado. La crisis del patriotismo en la Italia de su época constituye para Maquiavelo un fiel trasunto de la debilidad o ausencia de su espíritu religioso. Pero, por otra parte, Maquiavelo menosprecia la dignidad del Pontificado y de las jerarquías eclesiásticas y adivina en las doctrinas del Cristianismo un fondo resignado de humildad y renunciación mundanas, exaltando, de paso, las fórmulas paganas de una religión moldeada a ejemplo de la antigua Roma, idónea para imprimir en el corazón de los hombres, a través del servicio religioso, la mayor gloria del Estado.

\* \* \*

Al iniciar una exposición somera del Tratado sobre el Príncipe cristiano, escrito por el P. Rivadeneira, la materia vence al comentarista y se vierte rebosante por los menguados moldes de un trabajo elemental. Para la debida comprensión de nuestro sujeto faltarán en el marco de este ensayo ingredientes bien importantes, enumerados, en resumen, de esta manera : un cuadro sintético del tiempo en que vivió Rivadenei-

ra, cumbre áurea del siglo XVI al borde de su melancólico crepúsculo; un estudio adecuado de las fuentes doctrinales de su obra y de los métodos ensayados por el autor, ya que condensa el fondo de su Tratado sobre un cañamazo de citas y ejemplos históricos extraídos de las Sagradas Escrituras, de autores antiguos, griegos y latinos—principalmente, Platón, Aristóteles, Cicerón...—y autoridades de la Iglesia, como San Agustín y Santo Tomás; una nota biográfica y bibliográfica de tan preclaro autor, al que se deben libros tan importantes como la *Vida de San Ignacio de Loyola* y el *Tratado de tribulación*. Nuestra ambición será bien modesta, a través de este embrión de estudio, dedicado a Rivadeneira, informado tan sólo por un propósito de divulgación doctrinal, y en espera de coyuntura más holgada, en el que alcance debida ponderación la revisión de su obra.

Pero sin perfilar los trazos vigorosos del tiempo en que vivió Rivadeneira, sin componer la ficha de su austera biografía, será inexcusable subrayar, ante todo, que su *Tratado sobre el Príncipe cristiano* fué entregado a la voracidad curiosa de los hombres cuando el autor había alcanzado la cumbre gloriosa de los sesenta y ocho años; y desde esa vertiente suave, pero agobiadora de la ancianidad, quiso adoctrinar con el índice tutelar de sus reflexiones al Príncipe que había de reinar, después, en España, con el nombre de Felipe III. Nos hallamos, pues, ante un libro de sabroso empaque, nutrido con la sabiduría cierta, y por eso melancólica, que sólo puede sembrar en la vida el tiempo experto de la senectud, sabiduría desengañada a veces que se goza y fructifica, luego, en una eterna rotación de cosechas, cuando es acogida, con amor seguro, exento de titubeos ni vacilaciones, por los pechos ágiles y desenvueltos de las sucesivas generaciones jóvenes. Ninguna enseñanza tan consoladora como la de saber que en esa cadena indefinida de la Historia, siempre están cerca y unidas la prisa impaciente de los hijos y la fría reflexión de los padres: amor que suelda, en un haz fecundo, locuras y consejos.

Rivadeneira, al dedicar su libro «al Príncipe cristiano don Felipe Nuestro Señor», se humilla y ensalza, al mismo tiempo, frente a la dignidad monárquica y ejerce, sobre el vástago real, papel enorgullecido de prudente padre.

Junto al robusto tronco del Trono crece, a la par, la aviesas y traidora hiedra del peligro. Y así le puede amonestar Rivadeneira al Príncipe con el forzoso ejemplo de los itinerarios náuticos: «Las dificultades que tienen los Reyes para acertar en su gobierno son tantas y tan grandes, que si el mismo Señor que los hace Reyes no los rige y tiene de su mano, es imposible que dejen de dar al través y de hundirse a sí y a sus reinos. Es tan peligrosa la navegación, son tan alterados estos mares, tan varios y tan contrarios los vientos, tan altas las rocas y los bajos tan ciegos y tan mudables, y tantos y tan crueles los corsarios que la infestan que para que la nave llegue al deseado puerto, es necesario que el mismo Dios lleve el gobernable, y sea luz, guía y amparo de los príncipes. Porque ¿quién sin Dios podrá llevar una carga tan pesada, tener en obediencia los pueblos, moderar voluntades tan libres y estragadas, unir corazones tan contrarios y enfrenar y hacer a todas manos un caballo tan desbocado como el vulgo?»

En esta recia roca religiosa se asienta toda la filosofía política del P. Rivadeneira; su modelo de príncipe tiene que ser católico y ha de descubrir, cautamente, frente al anverso confiado de la vida, su reverso luciferino, mendaz, estéril y alucinante. Rivadeneira clama, airado, contra una constelación de herejes, declarados enemigos del Príncipe católico; porfía, a la vez, contra Bodín y Maquiavelo; aduce frente a las razones pasajeras del Estado, la eterna razón de Dios; y al adoctrinar a un Príncipe católico ya está definiendo el modelo del Rey español. Rivadeneira reivindica para la noble sucesión de los monarcas españoles la condición excelsa de ser «amigo de Dios»; y a la luz de sus reflexiones, discurriendo por el cauce de la Historia patria, la ordenación del Estado reviste contornos y proporciones religiosas. Rivadeneira man-

tiene nerviosa, despierta, sensible la mirada escrutadora del Príncipe, le muestra cómo se escurre, taimado, por el laberinto de la tiniebla política a su enemigo cierto, por ser, al mismo tiempo, el enemigo de Dios, ese espíritu malo que se marcha siempre como enflaquecido por la derrota, para volver, en seguida, jactancioso e hinchado de falsas seducciones.

Dos vertientes históricas se perciben desde la atalaya enseñoreada por la figura del P. Rivadeneira, dos laderas del pensamiento político que se corresponden, correlativamente, con distintas interpretaciones de la «razón de Estado». La una es «falsa y aparente» y la otra «sólida y verdadera»; una es «engañosa, diabólica, otra cierta y divina»; una hace del Estado, religión; y otra de la religión, hace Estado; una es enseñada por los «Políticos» y resuelta en vana prudencia; otra, derivada de Dios y fundada en su paternal Providencia, como Señor de todos los Poderes. En una linde de la filosofía y del arte político señala Rivadeneira la confusión engañosa que han ido ejerciendo en la Humanidad diversos nombres célebres: Tiberio, Tácito, Maquiavelo, Bodín, porque él cuida de acompañarse, en la elaboración de su Tratado, de Santo Tomás, Egidio Romano y otros doctísimos varones, rebatiendo la opinión de que sean «muy diferentes las leyes de la religión y las de la prudencia civil y política», cifrando la verdadera razón de Estado en el hecho de que los príncipes gobiernen y conserven sus reinos rigiéndolos, precisamente, con arreglo a las leyes de Dios.

En 38 capítulos desenvuelve el P. Rivadeneira el primer libro de su *Tratado sobre la Religión y virtudes del Príncipe*, para mostrarle en esta parte qué debe hacer con la religión, como tutor e hijo de la Iglesia; en su segundo libro, integrado por 44 capítulos expone qué debe hacer el Príncipe en orden al Gobierno político y temporal de sus reinos, describiendo las virtudes verdaderas y perfectas que han de adornar su vida. Sobre la trama apretada de la larga serie de sus capítulos, vamos a referirnos, someramente, a algunas de las ense-

ñanzas o conclusiones que se condensan en el Tratado, criándolas, acaso, con cierta ligereza, de su enjundiosa trama teológica. Porque el conocimiento docto con que Rivadeneira endereza la gobernación de los Estados va unido, constantemente, a una elevada sabiduría de las cosas divinas de la cual se halla tan depurada muestra en su otro *Tratado de la tribulación*, desfile de aflicciones y desventuras humanas con sus piadosos remedios y consuelos en los que brilla siempre, como una esperanza cierta, el juicio amoroso de Dios.

Cuando Rivadeneira alaba la dilatada majestad de Dios, percibiendo en la Religión «el primero y más necesario negocio» del mundo (lib. I, cap. I), de cuya inmanente verdad participan, también, en algún modo, Maquiavelo, y los mismos políticos, puntualiza, en seguida, las diferencias esenciales que le separan de estos últimos, al valorar el papel altísimo de la Religión. Maquiavelo, según se ha visto, considera a la Religión como un elemento necesario para la salud del Estado, ya que no puede haber mayor indicio de la ruina de una nación que ver menospreciado el culto divino. Bodín encuentra en la Religión el principal fundamento de la potencia de los monarcas; y por esto se debe tener gran cuidado para que una cosa tan sacrosanta como la Religión sea mantenida en toda su integridad y no se entregue a las discordias humanas, porque en su imperio estriba la gloria o la bancarrota de los Estados. «Pero la diferencia—escribe Rivadeneira—que hay entre los políticos y nosotros es, que ellos quieren que los príncipes tengan cuenta con la Religión de sus súbditos, cualquiera que sea, falsa o verdadera; nosotros queremos que conozcan que la Religión católica es solo la verdadera, y que a ella sola favorecen. Ellos quieren que los príncipes se sirvan de la Religión en apariencia, para engañar y entretener al pueblo, como lo hacen los príncipes injustos y dice San Agustín; nosotros queremos que los príncipes sirvan de veras a la verdadera Religión. Ellos quieren que el fin principal del Gobierno político sea la conservación del Estado y la quietud

civil de los ciudadanos entre sí, y que se tome por medio para esta conservación y quietud, tanto de la Religión como fuere menester, y no más; nosotros queremos que los príncipes cristianos entiendan que toda la potestad que tienen es de Dios y que El se la dió porque sus súbditos sean bienaventurados acá con felicidad temporal (que es a lo que se endereza el Gobierno político) y allá con la eterna, a la cual está nuestra temporal mira y se endereza como a su blanco y último fin...»

La Historia suministra numerosos ejemplos de simulaciones religiosas por parte de quienes dirigen los negocios públicos. La fácil tentación del Poder ha pesado demasiado en el ánimo de los gobernantes para que pudieran retorcer el cuello indócil de la realidad insumisa, cuando ésta se alzaba inhóspita frente a la reserva inmaculada de su fe; y así muchas veces no tanto han impuesto la virtud cardinal de su credo a la multitud escéptica y tornadiza, como han dejado agostar, estérilmente, sus mejores cualidades personales ante la perspectiva seductora de retener, de modo pacífico, el usufructo del mando. La tarea de los príncipes ha sido, en muchos casos, un tejido enmarañado de pequeñas claudicaciones, jalonadas con la pérdida de jirones de su púrpura. No hay balance más triste en la vida de muchos reyes que el de la floja coincidencia de sus convicciones políticas con las altas exigencias religiosas, siempre reclamadas por Dios. Rivadeneira extrae del seno de la Historia amplio acopio de dignidades regias que bajo capa de acendrado catolicismo fueron falsos y solapados disidentes o se dejaron vencer por los vientos ásperos de la herejía, cuando ésta sumió en sus negras fauces la corriente vital de su pueblo. Nuestro jesuita escarnece el torpe ejemplo de tales príncipes, espigando claros conceptos religiosos en el campo de la Filosofía, hallando ayuda, incluso para su fervor, en dichos antiguos de autores griegos y romanos, buscando, por fin, cimiento de una estrecha compenetración entre la Religión y el gobierno del Príncipe en buena fuente castellana, cuando alumbra las palabras sesudas del

Rey Sabio en el prólogo de las Partidas: «Dios—dice el Rey—es comienzo y medio y acabamiento de todas las cosas, y sin El ninguna cosa puede ser, ca por el su poder son fechas, é por el su saber son gobernadas, é por la su bondad son mantenidas. Onde todo home que algún fecho quisiere comenzar, principio debe poner é ha de facer a Dios, rogándole é pidiéndole merced que le dé saber é voluntad é poder, porque lo pueda bien acabar».

En la exposición de su doctrina el P. Rivadeneira sigue, estrictamente, las ideas de San Agustín y Santo Tomás, descubriendo en la piedad cristiana de los reyes la corona feliz de su gobierno. Si el disfrute de honores, preeminencias, riquezas, satisfacciones temporales constituyera, simplemente, la gloria de los monarcas, no habría diferencia alguna entre católicos y herejes, buenos reyes y malos reyes, pues cuando el Señor reparte, sin distinción, magníficos bienes sobre unos, y otros, declara ya la poca estimación que de tales bienes debemos tener nosotros; porque el fin del buen rey (cap. XI) no debe concretarse en la riqueza, ni en la honra, ni en la gloria, ni en ninguna otra cosa de las que Dios concede, lo mismo a los príncipes justos que a los gobernantes depravados, sino que «su fin y su premio verdadero debe ser el mismo Dios, y aquella bienaventurada eternidad que esperamos los cristianos, la cual con tanta abundancia se comunicará a los buenos reyes, cuando ellos, más que otros, representan y sirven al Rey de los Reyes».

Por el angosto valle de las tentadoras cosas temporales, alcanzará el rey piadoso, tras de la muerte, la eterna compañía de los ángeles, teniendo a su cargo la ejecución de graves deberes religiosos. La política es, a fin de cuentas, un austero servicio, que no puede apartarse nunca de la mayor gloria de Dios. Por esto no se suele iniciar el ejercicio de las magistraturas más elevadas (siempre apremiadas por graves e ineludibles responsabilidades) sin que medie la fórmula del juramento, pacto con que el servidor del Estado liga siempre la

razón humana de su cometido político a un empeño más importante y transcendental. El deber cotidiano del Príncipe se subordina en todo momento a la conquista de una celeste perspectiva religiosa, convirtiéndose por ese superior designio y esa trabazón mística entre lo temporal y lo eterno en el ardiente protector de la Iglesia, en el fiel custodio de la paz de Cristo.

Rivadeneira especula sobre estos postulados, no sólo valiéndose de las luces de las Sagradas Escrituras y de las sentencias de los Santos, sino guiándose, simplemente, de la razón natural porque el Rey con ser Rey no deja de ser hombre (cap. XIII) y «está obligado a aventajarse en lo que es propio del hombre, tanto más sobre los otros hombres, cuanto más partcipe de la excelencia de la humana naturaleza, como dice Santo Tomás»; y «es propio del hombre y más del cristiano...» «conocer y amar al Sumo Bien sobre todas las cosas que son buenas por participación de este Sumo Bien». Siendo igual el Príncipe, por lo que respecta a su naturaleza, a los demás hombres, Dios le eleva sobre ellos y colocándole en el trono le convierte en su «lugarteniente en la tierra». «Dios hace los Reyes y da el cetro a quien es servido», añade Rivadeneira. Cuando el Rey se aparta del servicio de Dios, causa grave daño a la comunidad, dando al traste con el reino y arruinando el edificio del Estado, porque «ningún Rey es Rey absoluto ni independiente, ni propietario, sino Teniente y Ministro de Dios por el cual reinan los Reyes y tiene ser y firmeza cualquier potestad». La posición del P. Rivadeneira es bien clara y manifiesta cuando define el fundamento religioso de la autoridad del Príncipe y fía la gloria de éste al cumplimiento de Ley divina y no al ejercicio de una alabada prudencia política, en brazos de la denominada «razón de Estado» (cap. XIV).

De entre la serie numerosa de casos, en los cuales se demuestra cómo los príncipes que se sirven de la llamada «razón de Estado» arruinan y destruyen sus reinos, Rivadeneira

aduce los ejemplos de Francisco I y Enrique II de Francia, quienes, aun siendo católicos, se aliaron con el Turco y los protestantes en contra de nuestro Emperador Carlos I, hallando, al fin, un remate de fracasos para escarnio de sus combinaciones maquiavélicas, poniendo, paralelamente, de relieve los nombres de aquellos Príncipes que, por seguir la Ley de Dios, fueron favorecidos con su protección, de cuya existencia puede hallarse ejemplo en Doña Isabel y Don Fernando, nuestros Reyes Católicos, quienes consiguieron la pureza de la Religión y la unidad política de su reino, con la expulsión de moros y judíos, emancipándose de las seducciones de una supuesta «razón de Estado», enemiga, acaso, de tan tajante resolución, con la cual habían de menoscabarse y disminuir, necesariamente, las rentas públicas, al reducirse, de pronto, la cifra numérica de sus súbditos. En pago de ese servicio —añade Rivadeneira—(cap. XVI) que con tanta piedad y desinteresadamente hicieron a Dios esos gloriosos Reyes «el mismo Dios aventajadamente se le pagó, limpiando estos reinos de toda fealdad e inmundicia de falsas sectas y conservándoles, hasta ahora, en la entereza y puridad de la fe católica, y en justicia y paz, y dándoles otros reinos, y descubriendo por su mano un nuevo mundo, con tantos y tan grandes tesoros y riquezas, que es uno de los mayores milagros que ha habido en él.» La misma virtud religiosa, rectilínea e inmovible brilló en las principales determinaciones bélicas de su nieto el Emperador Carlos, cuando cerrando los ojos a las conveniencias temporales del Poder, y a la escisión de sus Ejércitos frente a las apretadas fuerzas enemigas, no vaciló un momento en tomar por designio de sus campañas las injurias sufridas por la unidad religiosa; y su ardiente celo pudo más que cualquier acechanza o consejo prudente, logrando, con la ayuda de la Providencia, resonantes victorias en medio de constantes enemigos: no dijo Carlos I, al final de sus proezas, «yo triunfé», sino modestamente, cristianamente, «Dios ha vencido». La «razón de Estado», retorcida y satánica, le

hubiera aconsejado, quizás, otros derroteros en el rumbo de su política.

Resultaría innecesario advertir, tras de lo dicho, que Rivadeneira repudia, terminantemente, cualquier régimen de Estado en el que se proclame y respete la denominada «libertad de conciencia», con lo cual se permita, dentro de las mismas fronteras, una abigarrada coincidencia de católicos y herejes. «El primero y más principal cuidado de los Príncipes cristianos—dice—debe ser el de la Religión (cap. XVII). Una vez más acentúa su divergencia con los «Políticos» y seguidores de Maquiavelo. La unidad del Estado reclama una tajante extirpación de sectas. Y esa unidad política representa una premisa ineludible para que se ofrezca a los ojos del Señor la poderosa trabazón de la Iglesia que tanto agrada a su maravillosa omnipotencia. Porque con Dios no puede congraciarse una insumisa y anárquica multiplicidad de banderías religiosas; y la unidad espiritual de los creyentes es prenda segura de la cohesión política del Estado. Del propio modo, la obediencia que se otorga al Rey es parte de la obediencia que se debe a Dios (cap. XXVII). Y cuando el reino se divide, internamente, en opuestas fracciones religiosas, los fermentos revolucionarios corroen y aniquilan, al momento, el propio cuerpo de la sociedad civil. La discordia en las cosas de la fe engendra, consecutivamente, la disidencia entre las voluntades cívicas y prejuzga un séquito tumultuoso de alteraciones y guerras civiles. «Y estando el reino dividido, y la república puesta en bandos y parcialidades, necesariamente ha de perecer; pues es verdad infalible lo que dijo Cristo, nuestro Redentor, que el reino dividido y discorde necesariamente ha de ser asolado».

Las virtudes del Príncipe, en relación con el buen gobierno y conservación de sus dominios, están subordinadas a la lealtad acrisolada con que debe defender, sobre todo, los dogmas religiosos y los derechos de la Iglesia. El Rey es vicario de Dios en lo temporal—escribe Rivadeneira—(lib. II, capí-

tulo I), el alma de su reino, y como otro sol «que con su luz y movimiento da vida y salud al mundo» y es el «retrato de Dios en la tierra». Y si hay virtudes del Príncipe que se asientan en la roca de lo divino, virtudes *religiosas*, existen otras que le son propias, virtudes verdaderamente *reales*. Este lote de virtudes sólo pertenece, en su grave integridad, al Príncipe cristiano, porque, fuera de la verdadera religión no existe perfecta virtud, pudiendo hablarse a lo sumo, extramuros de sus límites, de un cierto género de «virtud moral», esto es, de «una sombra o imagen de virtud», por muy encomiada que sea por los filósofos su presunta edificación.

La primera virtud nace del reconocimiento de un fin sobrenatural en el hombre, que es el gozar de Dios; la segunda descansa en la mera razón natural, y se encamina al fin que ésta le prescribe con una flaca ordenación. No hay obra virtuosa que no derrame su acierto en el amor y respeto de la misma virtud, de tal modo que se una y confunda con el solo deseo de anegarse en el fin sumo y universal que es Dios. En la virtud no hay fingimiento ni mixtificación posible (cap. II), y en éste, como en tantos temas, fulmina Rivadeneira su oposición a Maquiavelo, el cual proporciona al Príncipe la máscara del temor de Dios y la doblez de otras falsas virtudes para encubrir sus vicios y pecados, permitiéndole incluso violar sus pactos, mudando las velas de su ánimo según los vientos y la variedad de la fortuna y abrazándose con el mal cuando le pareciera necesario. Maquiavelo fía la conservación del Estado a la fama lisonjera de que se ve rodeado el Príncipe, «porque los hombres, comúnmente hablando; más juzgan con los ojos que con las manos» (*Príncipe*, cap. XVIII). Pero la grandeza del Estado no depende de la buena o mala opinión que exterioricen los hombres (granjeada con el tráfico y mediación corruptora de las virtudes aparentes del Príncipe), sino de la voluntad del Señor, quien nunca yerra en sus fallos definitivos e inapelables. El Príncipe ha de tener propicio a Dios a través de sus buenas

obras, sin ostentar incautamente, pese a su perfidia, falso rostro de hombre con corazón emponzoñado de vulpeja, porque a Dios no le engaña nadie. El Príncipe taimado e hipócrita de Maquiavelo da a Dios las hojas y los frutos al demonio (capítulo III).

Con todo, Rivadeneira no anega y disuelve el difícil arte del gobierno en una inefable y estéril hobería espiritual. Opone a la mentira ilícita e innecesaria el hábil juego de la prudencia. Así, en el trance de una guerra, por ejemplo, cuando hay necesidad de proceder con tales mañas y artificios «que el enemigo pueda entender otra cosa diversa y aun contraria de lo que se pretenda hacer; porque esto no es mentir, sino hacer las cosas con prudencia para bien de la república» (capítulo IV). Rivadeneira bordea moderadamente la desenvoltura maquiavélica en materia de simulación: cuando el Príncipe cristiano—dice—se sirva de ella, «esté siempre... muy en los estribos y sobre sí para no dejarse llevar de la doctrina pestífera de Maquiavelo y quebrantar la Ley de Dios y su religión». (¿Hasta qué punto venció, sin embargo, Rivadeneira el fantasma de la inclinación maquiavélica, tantas veces consejera de los monarcas?)

De la «simulación y ficción artificiosa—escribe Rivadeneira—se debe usar solamente cuando lo pida la necesidad», siendo poca la cantidad y con su dosis y tasa, adobada «con las leyes de cristiandad y prudencia», y a la manera «como de la misma víbora se compone la triaca, que es medicina contra la ponzoña de la misma víbora, «así el empleo de aquella simulación, con las mencionadas condiciones, aprovechará y tendrá fuerza y virtud contra los príncipes hipócritas. El criterio de la necesidad informa, pues, en Rivadeneira, el empleo de la simulación por parte del Príncipe cristiano, y en este aspecto se coloca en un parecido plano de doblez que el propio Maquiavelo; pero mientras éste abre las amplias compuertas de la simulación, en el jesuíta español quedan refrenadas:

siempre sus artes maléficas por el condicionamiento supremo de las normas religiosas.

Religión y piedad se alían con la justicia, integrando las virtudes cardinales del Príncipe cristiano. La justicia no sólo hace gloriosos a los reyes, sino que «honra y reverencia a Dios, al cual ninguna ofrenda ni sacrificio puede ser... más agradable». El Rey y el reino forman un solo cuerpo: todo el servicio que se presta al Rey redundará en beneficio del Estado (cap. VI). Y el Rey, dentro del reino, es un mero administrador de Dios.

Garantía constante del imperio de la justicia, dentro del Estado, es el cumplimiento de las promesas ofrecidas por el Rey. «La palabra del Príncipe—afirma Rivadeneira (capítulo XV)—debe ser como un oráculo y más firme y segura que cualquiera otra obligación.» Maquiavelo aconseja al Príncipe el quebrantamiento de sus promesas en ciertas circunstancias; pero Rivadeneira adoctrina a los reyes de esta otra manera: «Conviene que el Príncipe cristiano esté muy advertido y que mire bien primero lo que dice, promete y jura; pero después que sea muy constante y firme en cumplir lo que según Dios hubiere prometido y jurado; y sepa cierto que el guardar su fe y palabra es muy importante para la conservación de sus estados y para ser más estimado, más rico, más obedecido y temido.» Si la liberalidad y templanza son virtudes destacadas del Príncipe cristiano (caps. XX, XXI y XXII), la guía y maestra de todas debe ser la prudencia, «que es la que rige y da su tasa y medida a todas las demás» (cap. XXIII).

Largas consideraciones, engarzadas, como de costumbre, en multitud de citas históricas, merece a Rivadeneira el examen de la prudencia como virtud señera del Príncipe cristiano (caps. XXXI, XXXII y XXXIII). De entre su vasto arsenal de razones y ejemplos, descúbranse algunas destacadas máximas, muy útiles tanto en la paz como en la guerra, para que el Príncipe pueda labrar la fortuna interna de su país y medir con acierto sus armas frente a las de sus enemi-

gos. Pero todas las lecciones de la prudencia convergen enlazadas en la bóveda armónica de la unidad : «Un Dios gobierna el universo, un sol hay en el cielo, un Rey en el reino, un padre de familia en cada casa, y un capitán general debe haber en cada ejército» (cap. XXXII). La prudencia del Príncipe debe atajar toda escisión posible, toda quiebra perniciosa en la fortaleza del Estado, a fin de que éste imprima en sus rumbos un criterio unilateral.

Para que el Príncipe se oriente por el laberinto de la prudencia, hallando fructuosa salida a sus afanes, es menester que se prevenga con un cierto número de saludables advertencias, en las cuales cabría percibir de pronto un encubierto cuño maquiavélico. Rivadeneira fortalece al Príncipe con el escudo invulnerable de un desdén juicioso frente a las malas pasiones del vulgo, «bestia de muchas cabezas», que «no puede saber las causas y motivos que tiene el Príncipe para hacer lo que hace ; y aunque los supiese, son tan diferentes los juicios del Príncipe y del hombre particular y la manera de entender las cosas del que las trata como artífice supremo y del que las mira de lejos... , que no es posible que ambos tengan un mismo concepto dellas» (cap. XXXII). «Y porque importa mucho que el pueblo tenga grande opinión de la sabiduría y prudencia de su Príncipe, para que le reverencie y obedezca con mayor prontitud y voluntad, también es regla de prudencia tomar el pulso a los negocios, y tentar el vado antes de entrar en el río arrebatado y furioso, y hacer las cosas de manera que la gente grave y cuerda las tenga por acertadas ; para lo cual el Rey Católico Don Fernando y el Papa Paulo, tercero deste nombre, cuando querían hacer alguna cosa de que dudaban cómo se había de recibir, la mandaban echar en el corro disimuladamente, no como cosa que se quería hacer, sino como cosa que se debía hacer, y viendo que la gente la aprobaba, la hacían, y con esta prudencia quedaba la cosa muy bien recebida y alabada y ellos en reputación de príncipes cuerdos y prudentes, como lo eran.»

Mezclar la blandura con la severidad ; tener en cuenta que «los sucesos no están en nuestra mano y los buenos consejos sí» ; acostumbrarse a no hacer muchas leyes, porque los súbditos se cansan de la multiplicación de las mismas y los jueces se tornan remisos y descuidados al aplicarlas ; poner a la cabeza de los gobiernos «personas muy probadas y experimentadas», buscando para cada negocio la aptitud del hombre apropiado ; elegir por embajadores a hombres verdaderamente discretos, que sepan representar la grandeza del Estado y sean «más ángeles de paz entre los príncipes que atizadores del fuego que muchas veces, por una pequeña centella, entre ellos se enciende» ; disponer de tal modo las cosas que ninguna resulte «nueva y repentina», y por graves y tristes que sean no nos espanten, turben ni descompongan ; hacer el bien a cada uno de forma que no acarree el mal a otro, para que «el beneficio de uno no sea injuria y agravio de tercero» ; medir bien las fuerzas propias antes de iniciar alguna empresa o luchar con el enemigo, para salir con acierto de sus riesgos y acechanzas ; no aprestarse a ayudar al confederado o amigo si no se le puede servir con eficacia, sacándole los pies del lodo, para que no se pierda la reputación «si los socorros fueren flacos», quedando los amigos «desobligados y aun quejosos y los enemigos ufanos y aun más atrevidos», juzgando que le faltan al voluntario protector «fuerzas o prudencia» ; prevenir los males y sangrarse antes de que venga la enfermedad, de manera que «el Príncipe debe estar como en atalaya, siempre velando para descubrir de lejos a los enemigos» ; «mirar mucho la circunstancia del tiempo, sin la cual se hace muy difícil y aun imposible lo que con ella es fácil y llano» ; «saber hacer diferencia de los negocios grandes y pequeños, de los que conviene que trate por sí mismo el Príncipe y de los que puede encomendar y fiar de otros, para que, pues no puede abarcarlos, se descargue de los más importantes»... Estas y otras máximas vierte Rivadeneira en los oídos del conductor político para que lleve con mano segura el timón del

Estado, descubriendo de paso los engañosos golfos de la lisonja, los vados blandos y sinuosos de los «amigos falsos» y los «enemigos domésticos», que «halagando matan sin sentir» (capítulo XXIX).

Frente a las demás virtudes del Príncipe cristiano, Rivadeneira señala a la fortaleza como «el sello y guarda de todas», teniéndolas debajo de su amparo, ya que «sin ella quedan desarmadas y desnudas» (cap. XXXIV). Su noción de la fortaleza es bien distinta de la formulada por Maquiavelo, de manera «necia y desatinada», en sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* (libro II, cap. II). Para el florentino, según se vió, el poderío de los pueblos antiguos descansaba en la diversidad de sus hábitos y religión frente a los profesados por los cristianos, abrazados a una fe que rebaja la honra del mundo y enaltece los valores ultraterrenos y espirituales. Los gentiles, dice Maquiavelo, se embravecían y tornaban ardientes y feroces contemplando los sacrificios sangrientos de los animales, y no tenían por bienaventurados sino a los fuertes y poderosos; pero la religión cristiana nimba de heroísmo a los que se vuelven sufridos y misericordiosos. «Esta manera de vivir—añade Maquiavelo—parece que ha enflaquecido y debilitado el mundo, dándole como a saco a los hombres malvados para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer de él cuanto les plazca.» Rivadeneira, en cambio, recaba el verdadero sentido de la fortaleza para la religión cristiana, enaltecedora de la virtud auténtica, en contraposición a esa denominada fortaleza por Maquiavelo, la cual no es «sino una bárbara e inhumana fiereza», y fué ya vituperada por los mismos filósofos paganos. La virtud de la fortaleza, según Rivadeneira, «no es una cierta valentía o fuerza corporal extremada, desmedida y espantosa», como la tuvo Hércules, sino aquella que se deriva de la misma perfección de Dios («porque en Dios no hay sino Dios») como una gota de agua que se destila de su misma sabiduría y omnipotencia. Y de esto se colige que el cristiano es más fuerte, nece-

sariamente, que el gentil, porque el premio percedero de la felicidad humana, galardón de las honras terrenales, no incita tanto al sacrificio heroico, sublime en su magnitud como el premio inconmensurable «que espera por sus hazañas el cristiano fuerte y valeroso» (cap. XXXV). La gloria del cristiano no se detiene en los honores, riquezas o encomiendas del mundo, cosas frágiles y caducas que se acaban con la vida, a la cual no la estima en tan poco «que la quiera vender por precio tan vil»; el cristiano «sabe que el mismo Señor, que es autor de su fortaleza, es también su premio y galardón, y por eso es animoso en acometer cosas arduas, fuerte y constante en el padecer y en el morir, porque sabe que con la muerte no se remata, antes comienza la vida del que muere en justa guerra por defensa de la virtud».

Rivadeneira reitera aquella condición alternativa de la fortaleza que consiste al propio tiempo en «acometer y sufrir», ya enseñada por Aristóteles y Cicerón en el mundo antiguo (capítulo XXXVII), y forma como la corona gloriosa de la religión cristiana, en una constelación ininterrumpida de mártires. La entereza de estos últimos no excluye la fortaleza política, tan enaltecida por Maquiavelo, porque es muchas veces un anticipo de la fortaleza militar, de que han dado numerosas pruebas guerreros y príncipes católicos. Ni la Iglesia ni la religión cristiana enflaquecen y debilitan el ánimo, como declara abiertamente Maquiavelo, antes bien, el descubrimiento y conquista de un Nuevo Mundo, la sujeción de extensas tierras al cetro de un mismo Imperio, la derrota de innumerables ejércitos bárbaros e infieles, son obra directa de aquellos pueblos que han juntado el dominio de las armas a una sabiduría piadosa del Evangelio. Y así «la religión cristiana, no solamente no nos enseña cosa que sea contraria a la verdadera fortaleza, como dice Maquiavelo», sino que, en realidad, no ha existido nunca «verdadera y virtuosa fortaleza» fuera de la religión cristiana, en la cual han florecido siempre legiones de hombres triunfadores de todas las muertes y tor-

mentos, «ilustres y gloriosos en hazañas militares» (capítulo XXXIX). Porque la religión cristiana fomenta una vena de austeridad, sobriedad y ascetismo, sin la cual no prospera la verdadera fortaleza del Príncipe, ni ven perpetuada su grandeza en el tiempo las monarquías o imperios más poderosos; y «el valor y magnanimidad en el Príncipe es cosa muy necesaria, así para ser responsable y temido de los suyos como para resistir y hacer rostro a los contrarios, que en los reinos y estados grandes nunca suelen faltar» (cap. XLI).

La verdadera fortaleza del Príncipe se muestra, sobre todo, en el trance de la guerra. Ha de persuadirse especialmente que «aunque la paz es el blanco a que su gobierno debe mirar», «no se puede alcanzar ni conservar buena paz sin buena guerra. La cual es tan necesaria para defender la república y tener paz como es la medicina amarga para la salud del enfermo. «Por las guerras que mandó hacer Dios a sus santos capitanes y las victorias que les dió—añade Rivadeneira—, y por las leyes que publicó a su pueblo, enseñándole el modo de hacer guerra, se ve que la guerra se puede hacer santamente y que, supuesta la malicia de los hombres, muchas veces es un mal necesario en la república, el cual debe el Príncipe cuanto pudiere excusar. Pero cuando la necesidad precisa le obligare a usar del hierro y del fuego, por no aprovechar las unciones y los remedios suaves, confiado en Dios y en la justicia de la causa, que debe tener antes muy bien examinada y averiguada, ármese con esta fortaleza y constancia para ejecutar con pecho valeroso todo lo que para la buena guerra conviniere.» Dios es señor de los ejércitos y de las victorias, y sobre este fundamento firme y seguro «debe el Príncipe edificar todo lo demás que toca a la verdadera y cristiana fortaleza».

Por esto ha de estimar el Príncipe en el más alto grado al arte militar, honrando con ascensos y galardones «a los soldados que en las guerras pasadas se han señalado en su servicio o para adelante se pueden señalar; y esto debe hacer

---

aun en tiempo de paz, para que en el de la guerra de mejor gana ellos derramen su sangre por él», ya que «las armas y los buenos soldados son los tutores, conservadores, defensores y amplificadores de la república, los nervios de los reinos. y el establecimiento y seguridad de los reyes». El Príncipe ha de «alentar y animar» las virtudes castrenses, reforzando la disciplina de su ejército, adornando a sus soldados con «aquella fortaleza que es virtud cristiana», para que sean «ministros de Dios y no de Satanás», e incitando particularmente, aun en tiempos de paz, a sus nobles caballeros y vasallos para que se entreguen a ejercicios y entretenimientos gallardos, «con los cuales huyan de la ociosidad y se hagan más hábiles. y dispuestos para los trabajos de la guerra». La vida, en suma, es áspera milicia para el P. Rivadeneira. Y al tratar de la fortaleza militar y cristiana, «que ha de enaltecer al Príncipe, deja en blanco cuanto concierne «a las causas que debe tener el Príncipe para mover justa guerra y el tiento con que debe entrar en ella, que es a más no poder, y la manera con que la ha de administrar y los ardidés que debe usar», porque el fin de su tratado es tan sólo «enseñar a los Príncipes la cuenta que para conservación de sus estados deben tener con Dios. y con su santa religión y con las verdaderas y perfectas virtudes, norte seguro de su reinado.

---

Pongamos término a estas acotaciones y reflexiones vertidas en torno del Tratado sobre el Príncipe cristiano, del padre Rivadeneira, dejando envueltas en sombras a veces, por el margen limitado de este ensayo, vertientes sugestivas de su obra. Ni aun tratándose de un libro netamente político cabría despojar al autor de esa suprema postura ascética con que mira siempre al mundo y le hace concluir de este modo su «Tratado de la tribulación»: «...todas las calamidades que padecemos son penas de nuestras culpas», y «el remedio para salir

de las unas es llorar las otras y emendar las vidas y aplacar la ira del Señor».

Por el fondo de las ideas políticas del P. Rivadeneira gira y voltea la rueda de la fortuna, voluble y presurosa, acarreado, inútilmente, en sus cangilones el efímero goce de las cosas mundanas. «El corazón humano—escribe («Tratado sobre las virtudes», etc., II, cap. XXVIII)—, y más el de los príncipes, es muy vario e inestable, delicado y vehemente; muy presto se harta y cansa, y aborrece lo que amaba y ama lo que aborrecía»; «como todas las cosas se mudan, así se trueca y muda, y mucho más con el mando, el corazón del hombre» (cap. XXXII). Vanamente y desesperado luchó Maquiavelo con los cuernos de la fortuna, indócil para rendirse en seguida a la fatalidad femenina de sus hechizos, porque los hombres, en su opinión, pueden auxiliarla y aun dirigirla, pero sin cortar el hilo inexorable de sus dictados (Discorsi, IX). Maquiavelo corteja, con gesto supersticioso, los favores de la fortuna, y la hace señora, al menos, de la mitad de nuestros actos (Príncipe, cap. XXV). Pero Rivadeneira sólo se rinde a Dios, y muestra al hombre, para corrección de sus extravíos y azares, la dulce medicina de la fe. Con su auxilio troqueló Rivadeneira el cuño austero de la prudencia política, de la cual debe ser esclavo el Príncipe más que ningún otro hombre, por ser «señor absoluto y gran Rey y Monarca del mundo» y «tener en sus manos la vida y la muerte de sus súbditos» (cap. XXIV).

La pluma de Rivadeneira es arisca, fuerte y agresiva como espada de soldado; adopta voluntariamente en su Tratado una actitud enardecida de combatiente, porque siente ante todo la proximidad aciaga del enemigo que despliega las armas ofensivas, lanza el grito supremo de la confusión y enturbia el aire con las brumas sutiles del engaño. Tal vez englobó en una misma perspectiva, inhóspita y antagónica, actitudes doctrinales de por sí dispares, en cierto modo—como las de Bodín y Maquiavelo—; pero la cuña rectilínea de su celo reli-

gioso tenía que avanzar así hacia el peligro común de la fe, con una preocupación simplicísima y unitaria, porque la mejor manera de luchar frente a bandos yuxtapuestos y heterogéneos, pero animados temporalmente de la misma furia demoleadora, es apresurar la iniciación de la contienda, buscando con avidez ardiente ese punto exacto en que han juntado sus soberbias divergentes los momentáneos y coaligados ejércitos enemigos, con el ánimo satánico de repartirse el botín y dividirse de nuevo cuando el triunfo problemático pudiese ser alcanzado. Lo más arisco e indócil, a veces, de las gestas marciales es ese problema previo de definir al enemigo, disimulado y encubierto, para impulsar después, en un alarde de estrategia feliz, hacia su fortaleza escueta—corazón de la lucha—la avalancha bélica, inflamada e insobornable. Cada época, en medio de sus luces, oculta constantemente abismos de tenebrosidades; el genio benéfico de cada tiempo tiene sus enemigos excepcionales, y descubrir su perfil tortuoso es la labor más sagaz y fructífera de los grandes conductores políticos.

Desde el recodo generoso y honesto de nuestra España—en donde, ordinariamente, la verdad fué gritada a voces—percibió Rivadeneira, con ojos seguros de toda sorpresa posible, los golfos tenebrosos y escarpados que rodeaban la tierra prometida del Príncipe, y dió a la luz deslumbradora de su tiempo cauta noticia de quiénes pudieran ser sus más arteros enemigos. Pero con su actitud militante de soldado que avizora el peligro, forjó, además, un breviario de sabiduría política para la buena gobernación de los estados. No fué sólo un contrincante de Maquiavelo; fué también el consejero cristiano del Príncipe. Y por manejar picardías maquiavélicas, logró vencerlas, sin darse cuenta acaso, con un gesto de ingenuidad.